

Amadísimos fieles

Hablando el domingo pasado del acto de perfecta contrición, dijimos que era un medio de obtener el perdón de los pecados, que Dios había puesto en todo momento a nuestro alcance. Y sobre todo cuando nos encontramos en peligro de muerte y en pecado mortal, sin que se halle presente sacerdote ninguno para poder confesarnos, la contrición perfecta es el único y supremo medio de salvarnos. Pudiera acontecer que en el mismo lecho de muerte cometiésemos algún sacrificio y se retirase el sacerdote y por medio de la perfecta contrición aun en aquel instante terrible se puede salvar todavía el alma. Si, queridos fieles, que instantes aquellos en los que el naufrago se sumerge en el agua y vuelve salir haciendo un último esfuerzo y qué gozo el suyo si entonces tiene a su alcance una tabla a que asirse. Esa tabla a que asirse nunca le falta al cristiano, al pecador que sabe hacer este acto de perfecta contrición; un último esfuerzo que nunca es inútil es el acto de perfecta contrición. Cuantas almas le deberán la vida y la felicidad de que gozan a este acto de perfecta contrición,...

Terminaba exhortandoos a no pasar ni un día, ni una noche siquiera sin haber puesto a vuestra alma a salvo del peligro que corría por medio de un acto de perfecta contrición que debíais de hacer cuando tuvierais la desgracia de caer en el pecado. Y había comenzado a hablaros de la manera de disponer a vuestra alma a ese acto de perfecta contrición. Me hacía cargo de lo que muchos dicen acerca de la dificultad de mover ~~al~~ alma a odiar el pecado, porque no sienten ese desagrado y odio del pecado, porque no sienten el haber ofendido a Dios. Les invitaba a esas almas a que reflexionaran, a que pensaran seriamente sobre el pecado, pues una vez comprendida su malicia no podrían menos de rechazarlo, odiarlo como el estómago que no pudiendo resistir la visión, el olfato de ciertas cosas, arroja, vomita todo lo que contiene y entonces descansa.

Pero sobre todo, actualizad, cristianos, esa vuestra fé amortiguada, salida de esa vuestra inconsciencia y vuestro corazón - yo os lo aseguro - no solamente habrá vomitado, rechazado el pecado, sino que habrá ardido en llamas de amor a Dios. Si obras son amores, pensad en el amor que Dios nos ha tenido, cuya preocupación, cuya providencia por el hombre ha llegado al paroxismo del enamoramiento, y, se abraza con un abrazo íntimo, estrecho, misterioso con esa criatura que se ha rebelado contra Él, pues la Encarnación del Hijo de Dios no es más que un abrazo en el que se fusionan Dios y el Hombre. Llevado por el amor a ese hombre - propter nos homines et propter nostram salutem - se hizo hombre, se revistió de nuestra naturaleza, Dios, Espíritu purísimo, estampa de esta forma un beso en la frente asquerosa del pecador.

¡Cuántos admiradores no tiene en todo el mundo el nombre de Damian De-veuster. Su gesto no ha podido menos de despertar elogios, aplausos y admiración en todo el mundo. Joven de risueño porvenir, lo sacrifica todo, y se ciñe un hábito burdo. Su corazón que arde en sentimientos de amor ^{al} prójimo, es el motor que le impulsa, la brújula que le guía y le conduce a unas islas, las Islas de Molokai, que se encuentran allá en el Océano Pacífico. En una de ellas son arrojados y concentrados unos seres humanos indeseables en la sociedad por contagiosos, unos seres humanos, los más desgraciados, porque sufren sin esperanza de salud y se tienen que resignar una vez que han llegado allí a ver caer a pedazos sus miembros, sus dedos, sus manos, sus ojos, sus carnes hasta que un día que tarda demasiado en llegar, se desploman desfigurados y asquerosos, pues así es de terrible la lepra que es la enfermedad que padecen. Ved ahora recluido voluntariamente entre aquellos desgraciados, entre aquellos asquerosos a este joven que aquí ha dejado un porvenir halaguenso, que aquí ha dejado una familia cuya compañía nos es tan grata, aquí ha dejado una madre y con esto digo todo, y allí no tiene con quien expansionarse, allí por todas partes oye lamentos y ayes lastimeros... vedle acercarse a uno de esos monstruos humanos, desfigurados por la enfermedad, vedle estrechar entre sus brazos sus miembros hediondos y posar sus labios, aquellos sus labios rebosantes de salud y limpios sobre aquella masa purulenta, sobre aquellas carnes podridas... A los cuatro años de haber llegado allí no se le distingue de entre los otros enfermos. Víctima de tan horrible enfermedad que le ha despojado día tras día de sus miembros, está desfigurado y muere como mueren todos ellos. Este es el héroe de la caridad cristiana de nuestro siglo, de nuestro siglo veinte, este es la víctima del amor. Quién no le ama, quien no le admira...

Sus restos mortales transportados en avión han sido paseados en trinfo por la ciudades de Norteamérica y por fin trasladados a su madre patria, donde son venerados como reliquias de mártir....

Y cual es nuestra inconsciencia, nuestra irreflexión, la dureza de nuestro corazón que es capaz de contemplar impasible la venida al mundo de un Dios que por amor a los hombres se hace uno de ellos, se encarna en el seno purísimo de María y convive durante treinta y tantos años entre los pecadores que a los ojos de Dios no son menos asquerosos y hediondos que los leprosos del lazareto de Molokai? Qué entrañas de acero no hace falta tener para no arrancar de nuestra alma lágrimas de agradecimiento y amor ante este rasgo de Dios que deja el cielo donde es dichosísimo, se reviste de nuestra naturaleza, carga sobre sí nuestros pecados, y sufre por nosotros, sufre en el patíbulo de la cruz para expiar nuestros pecados, muere en satisfacción de nuestros pecados, muere víctima de nuestros pecados y así abre una brecha a ~~xxxxxxx~~ esperanza en ese cielo que para nosotros estaba cerrado. Que inconsecuencia es esta nuestra que nos admiramos, nos extasiamos ante un Damian Deveuster y nos quedamos impasibles ante este otro hecho histórico no menos cierto e infinitamente trascendental de un Dios que se hace hombre, para sufrir y para aliviar nuestra condición con su compañía, con su amistad, con su presencia? Si el beso que se da a un leproso nos parece admirable cuando se lo da impulsado por el amor, el anonadamiento de un Dios que se reviste de nuestra naturaleza nos debe llenar de estupefacción. Y si amor con amor se paga, nuestros corazones por duros que sean deben manar lágrimas de arrepentimiento por la ingratitud y olvido con que se han conducido, nuestras almas por ruines que sean están obligadas a amar. Si nobleza obliga, nosotros estamos obligados a rectificar nuestra conducta y prometer fidelidad y amor a ese que tiene derecho a exigirnoslo. Es esto lo que nos cuesta? Es esto lo que no sentimos? Es la llama de la fé que la tenemos amortiguada y que la debemos avivar.

Es hoy -domingo de Resurrección - día del triunfo de Cristo sobre la muerte, el momento oportuno para avivarla, actualizarla. "Si Cristo no resucitó vana es nuestra fé -dice el Apostol San Pablo-, vana es nuestra predicación...." Cristo es vencedor de la muerte y por eso creemos nosotros en El. Y porque pudieron contemplar a este Cristo victorioso, se reanimaron aquellos apóstoles que en la noche de jueves le abandonaron y huyeron desfavoridos. El mismo había predicho su resurrección. El Hijo del Hombre, "al tercer día resucitará". Quedó comprometido: el hecho y la fecha quedaron anunciados. Los amigos de Jesús no olvidaron la profecía. Sus enemigos, esos sobre todo, la recuerdan. La prueba es que acudieron junto a Pilatos los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, diciendo: Señor, nos hemos acordado que aquel impostor, estando todavía en vida, dijo: después de tres días resucitaré. Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercer día, porque no vayan quizá sus discípulos y lo hurten, y digan a la plebe: ha resucitado de entre los muertos; y sea el postrer engaño más pernicioso que el ~~segundo~~ primero. Efectivamente se puso la guardia y aseguraron bien el sepulcro. Y Dios que dirige admirablemente las cosas hizo que cuantas garantías se pusieran para que no robaran el cuerpo de Cristo, fueran tantas pruebas excelentes de su resurrección. Y Cristo resucitó, salió del sepulcro, se apareció durante cuarenta días a sus discípulos y apóstoles, convivió, como quien dice, con ellos y este hecho es la prueba incombible, la prueba irrefutable de su divinidad.

No es mi objeto en esta plática presentar las pruebas de su resurrección, que son evidentes, sino quería llamar la atención sobre nuestra inconsecuencia ^{misericordia} sobre nuestra inconsciencia e irreflexión que son la causa de que nuestro corazón no responda a los dictados del Credo que profesamos y de que nos quejemos de que no sentir estas verdades, que a quien piensa un poco sobre ellas, no pueden menos de moverle y robarle el corazón. mi intención al llegar a este punto es hacerlos latir al unísono con la Iglesia, que se nos presenta hoy jubilosa y alegre con esos aleluias que se repiten tan frecuentemente, mi intención es disponer vuestra alma, que acaba de contemplar el misterio de un Dios que nos ama y acaba de experimentar en su intimidad la amargura de su falta de correspondencia y de gratitud, a ese Dios, a consumir ese acto de perfecta contrición mediante una afirmación cristiana y una promesa de fidelidad a ese Cristo victorioso, a este nuestro único Caudillo verdadero cuya consigna ha sido "vencer muriendo".

Hoy "despojados del hombre viejo, según el cual habéis vivido en vuestra vida pasada...siguiendo la ilusión de las pasiones..." vais "a revestiros del hombre nuevo que ha sido criado conforme a la imagen de Dios en justicia y santidad verdadera" como San Pablo les decía a los Efesios.

Por lo cual - añade él - y explica en qué consiste esta renovaci-

ón -renunciando a la mentira, hable cada uno verdad con su prójimo: puesto que nosotros somos miembros los unos de los otros"

Esta es la resurrección que hoy se debe operar en nuestras almas. Esta es la garantía de nuestra resurrección con Cristo al fin del mundo. Negarnos a nosotros mismos para que desde ahora pueda vivir Cristo en nosotros. ^{Jurar no a mí mismo ni a mi propia fe} Negarnos a nosotros mismos para entregarnos al servicio de nuestro prójimo. ^{que queramos que nos vean por uno a otro...} Vencer muriendo ... es la paradoja cristiana, es la consigna del Domingo de Resurrección en que la Iglesia conmemora el triunfo y la victoria de Cristo ajusticiado y muerto víctima de amor, sin rencor ni odio en su pecho. Padre perdónalos, porque no saben lo que se hacen...

Y hoy que la humanidad se encuentra en una encrucijada, hoy que los Caudillos humanos han lanzado a los cuatro vientos la consigna de "vencer o morir" y una guerra atroz, horrenda asola los campos de Europa, los cristianos necesitamos volver los ojos a nuestro Señor y Dios que triunfa en el Calvario. La salvación no ha de venir con esos ríos de sangre que llevan mezclado tanto odio, tanta injusticia, tanta venganza, la salvación vino de aquella otra sangre inocente, inmaculada que en una explosión de amor y de perdón salió a borbotones de aquel pecho atravesado de Cristo, en el que no anidaron ~~mas~~ ^{que destruyó a aquel} que sentimientos y deseos de amor, de aquel corazón grande de Cristo que no supo más que amar y fatigarse por los pecadores.

"Alea jacta est" la suerte está echada fué el grito de César cuando se disponía a cruzar armado el Rubicón, pequeño torrente que ~~xxxx~~ ^{que destruyó a aquel} marcaba el límite de la provincia Cisalpina que la ley prohibía pasar armado para ir a luchar contra Pompeyo. La suerte está echada para nosotros los cristianos: con Cristo como Cristo no podemos menos de vencer. La palabra de honor de un Dios nos da derecho a tener una fe ciega en el triunfo.

Por eso no es nuestro problema de vida o muerte. ^{No es nuestro enemigo} Nuestro problema está solucionado.

Nuestra solución es la solución de Cristo dándose y entregándose en la Cruz en redención por el género humano, por el prójimo, muriéndonos a nosotros mismos y viviéndonos para Cristo; Cristo que es nuestro prójimo. Esta es la resurrección que el día de hoy se debe operar en nosotros y es como hemos dicho arriba la única garantía de nuestra resurrección futura con Cristo. Por eso cuando San Pablo habla a los Efesios de desnudarse del hombre viejo y de renovarse en el nuevo - en Cristo - esto es resucitar con Cristo, les exige que renuncien a la mentira, que no se enojen contra el prójimo, que no le defrauden, que no le desedifiquen "puesto que nosotros somos miembros los unos de los otros". ^{que queramos que nos vean por uno a otro...} Queridos fieles, quien así habla no es un hombre, es un apóstol que escribe inspirado por el Espíritu Santo. Y esto se exigía entonces y esto debemos exigir de cuantos se llaman cristianos hoy día. Cristo fué amor y sacrificio, los cristianos debemos hoy personificar ese amor y ese sacrificio en un mundo que únicamente cabe salvar mediante la renovación de aquella corriente de amor y sacrificio que tuvo su origen en la Cruz.

Juremos, queridos fieles, fidelidad a nuestro Caudillo victorioso y triunfante y prometamos secundar su consigna: vencer muriendo. Es la única garantía de nuestro triunfo y resurrección con El en el fin del mundo.